

Pasaron los años, muchos años — desde 1920 a 1954—, y siguió mi trato afectuoso y cordial con los hijos y la viuda de Gabriel y Galán, aunque a ella no la vi en los últimos tiempos, porque continuaba aferrada a su pequeña aldea, a Guijo de Granadilla. Con los dos hijos residentes en Madrid estuve con frecuencia; pero en todos estos últimos años no coincidí con la madre en sus visitas a la capital de España. Y fue en esta capital, fuera de su marco auténtico de pueblo y campo, donde le sorprendió la muerte.

No quiero silenciar el contraste, porque es verdaderamente curioso: ha muerto en uno de los pocos palacios madrileños que aún siguen vividos en todo su esplendor, entre cuadros de primeras firmas, tapices magníficos y porcelanas finísimas; en el palacio de la calle de San Bernardo, esquina a San Vicente, que la Duquesa de Santa Lucía, anciana y sin descendencia, dejó con toda su fortuna al mayor de los Gabriel y Galán, a Jesús. Conozco este palacio que, pese a sus gustos sencillos, lo habita Jesús, con su mujer e hijos, porque esa fue la voluntad de la que lo nombrara heredero universal. Me lo ha dicho él:

—Tengo que vivir el palacio. La Duquesa me dijo que lo viviera. Yo estaría más a gusto en un piso.

En el suntuoso marco de este palacio, lejos del natal y querido Guijo de Granadilla, cuando coronaba la áspera cuesta de medio siglo de viudedad, entregó su alma a Dios la que fue para mí realidad rediviva de «El Ama».



ESTAMPAS

DE

LA PASION

(POEMA)

Por Manuel MONTERRÉY

La Verónica

Paso a paso camina el Nazareno
por la calle erial de la Amargura
llevando el peso de la Cruz, sereno
al soez insulto de la plebe oscura.

La turba en ver su angustia se distrae.
En sus hombros la Cruz tan grave pesa
que el Nazareno, ya sin fuerzas, cae
y con su frente los peñascos besa.

Una tierna mujer, flor sensitiva,
se acerca ante Jesús, y compasiva
le enjuaga el rostro de sudor bañado.

Y queriendo Jesús pagar aquella
hermosa caridad de la doncella,
deja el semblante en su cendal copiado

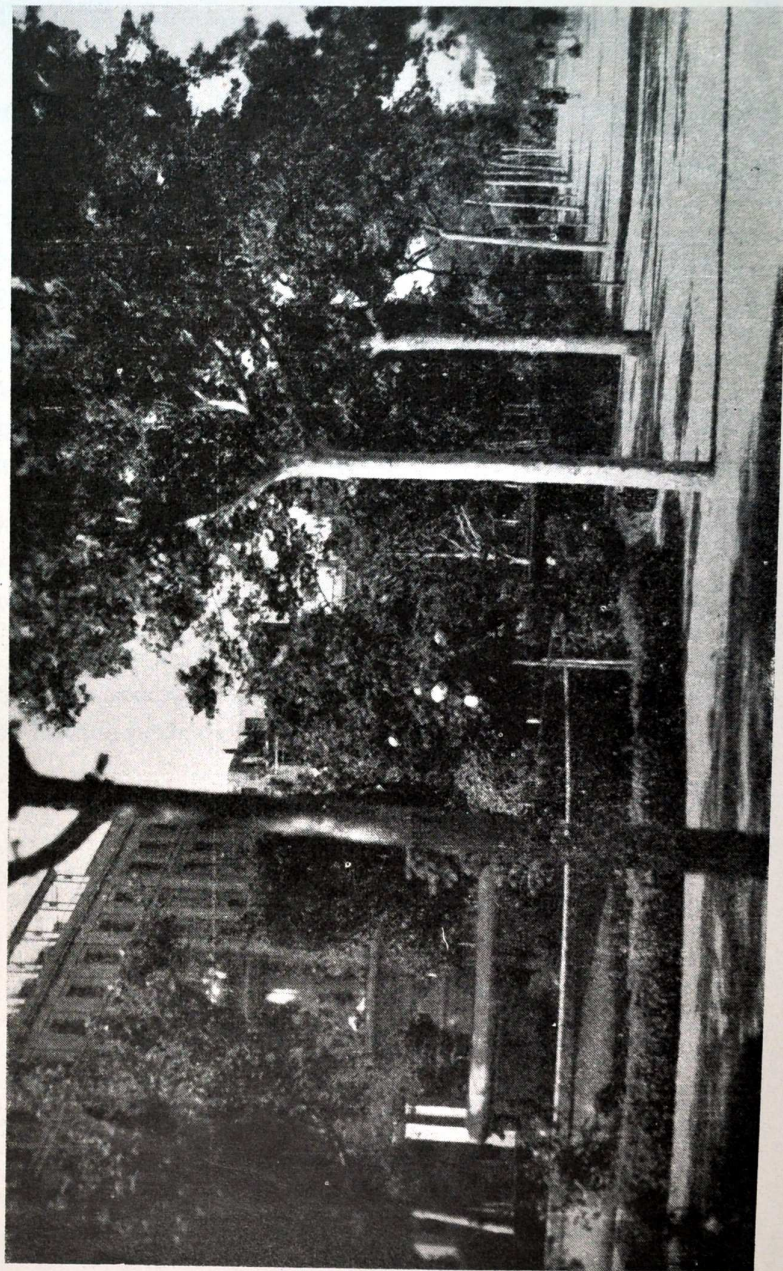
En el Gólgota

Por todos los insultos injuriado
y transido por todos los dolores,
el Nazareno al Gólgota ha llegado
seguido de sus fieros opresores.

Resplandece tranquilo su semblante,
y cual tierno y mansísimo cordero
espera silencioso el cruel instante
en que claven su cuerpo en el madero.

Un bárbaro verdugo le despoja
de sus vestidos y en la Cruz le tiende.
Y a cada golpe que en el martillo lanza,

la sangre de Jesús, fecunda y roja,
salta del corazón y el faro enciende
de la Fe, del Perdón y la Esperanza.



ALBUM EXTREMEÑO. — Paseo de Cánovas. (Foto Javier)

María al pie de la Cruz

Vedla al pie de la cruz, es sólo un lirio
nacido allí para aromar la cumbre.
Pone la sombra un velo a su martirio...
El sol la besa con su muerta lumbre.

Pende el Hijo en la cruz agonizante
sufriendo silencioso la tortura,
por no aumentar con queja lacerante
de su madre el dolor y la amargura.

Vedla llorar cual desbordada fuente;
oid y ved que al suspirar doliente
le da al amor su virginal encanto.

La sed al Hijo en su dolor sofoca...
¡Y no puede llevarla ella a la boca
ni una líquida perla de su llanto!

Saeta

En el silencio se oía
como una trova de amor
de celestial armonía,
perdones del Redentor
y suspiros de María.

Las golondrinas

Cumplióse la divina predicción...
De aquella lanza en el costado hundida
aún la sangre brotaba por la herida:
¡Era el tesoro de la Redención!

Estaba el sacrificio consumado.
Colgaba de la Cruz inerte,
y ya el piadoso beso de la Muerte
había sus ojos al dolor cerrado.

María al pie, su desolada pena
correr dejaba en lágrimas divinas...
Suspiraba llorosa Magdalena...

Y un bando de piadosas golondrinas
disipaba el pavor de aquella escena
arrancando de Cristo las espinas...

La soledad de María

¡Qué sola vas, mansísima paloma,
rosa de Jericó, lirio de oriente!
¡Cómo el dolor sus palideces toma
en tu mirar dulcísimo y doliente!

¡Dejastes a tu Hijo sepultado!...
Ahora en tu soledad ¿qué determinas?
¿llevar tan solo el pecho traspasado
por la corona que El ciñó de espinas?

¡Fuera en tu triste pecho prenda cara,
oh, dulcísima Madre sin ventura,
el puñal que la vida te quitara!

¡Hasta la Muerte al perdonarte es dura!
¡Qué piadosa sería si te llevara
a compartir con El su sepultura!...

Resurrexit

Los guardias dormitaban
en el hosco silencio de las horas,
recostados sus cuerpos
sobre las frías losas...

De súbito la piedra
que tapaba el sepulcro se alza sola
y en el hueco se mira
un resplandor de aurora.

De un ángel blanco y puro
se adivinan las formas,
el matiz de sus alas lo copiaron
las plumas de las candidas palomas.

Sobre el sepulcro habla
a las Marías piadosas:
—Llevad la buena nueva,
¡Cristo resucitó! Vedlo vosotras.

Ante la Cruz

Yo quisiera ir a ti
 porque añoro en mi vida
 trezado de pecados
 una inefable calma,
 mas, ay, aunque lo intento
 áspera es la subida,
 ¡en las zarzas se enredan
 las fibras de mi alma!

Ven a mí; no te importe
 las zarzas del camino
 deja en sus agudezas
 tu vellón de pecado
 sólo limpio y sin mácula
 puedes gustar mi vino;
 la sangre de mis venas
 que por ti he derramado.

El verbo se hizo carne
 y por salvarte muere
 porque más que su vida
 tu cariño prefiere;
 ¿no me ves padeciendo
 sólo por ti en la Cruz?...

¡Oh, sí! ¡Perdón, Dios mío!
 Tu palabra amorosa
 ha transformado mi alma
 en blanca mariposa...
 ¡Déjame que la abrace
 en tu divina luz!

EVOCACIONES HISTORICAS

Las incursiones de los normandos en la España medieval

Por Angel DOTOR

CANTÚ afirmó que el normando fue el pueblo que más figuró en la Historia antigua después del griego, y en verdad que su pasmoso desarrollo y su gran irradiación expansiva en los siglos medievales justifican tan concluyente aserto. La tradición vernácula atribuye al mitológico Odin haber guiado al Báltico, con lo que establecieron en la península escandinava e islas adyacentes, a estos germanos llamados por tal razón hombres del Norte (*normand*), de elevada estatura, hermoso semblante y noble porte, que pronto demostrarían las cualidades psicológicas en ellos características, dentro de las generales de los pueblos bárbaros de la época: incesante deseo de acción, orgullo, audacia y afición al lujo. Su afán aventurero tenía, indudablemente, un fundamento atávico originario, pero vióse propulsado por razones geográficas y políticas. Como dice Haumont, las causas que determinaron las invasiones normandas fueron muy complejas: el paganismo, el crecimiento de la población, las luchas tribales y la sed de oro. Debemos resaltar, empero, lo que apunta el insigne historiador al comienzo nombrado: «Absolutos reyes en sus tierras, los padres transmitían las propiedades a los primogénitos, pues en aquel clima avaro, no sometido por el arte, era imposible fraccionar los terrenos, que necesitaban un cultivo en grande; los hermanos menores, arrojados de la casa paterna, buscaban libertad, subsistencia y gloria en los mares».

Empero normandos y vikingos se consideren sinónimos, debe establecerse cierta diferenciación entre ambas denominaciones, pues los segundos (de *vik*, golfo o puerto) fueron los normandos de la fase inicial de expansión, aplicándose el término *viking* a los jefes de las estaciones marítimas o colonias conquistadas y, por extensión, a todos los guerreros. La época de los vikingos comprende, pues, algo más de un siglo, desde finales del VIII hasta ya bien entrado el